

GALERIA DE CANDIDATOS

0000148

GUILLERMO ALONSO PUJOL

Jul 3/64 ul
Por RAUL LORENZO

COMO Zaratustra al volver a la ciudad, Alonso Pujol inicia las más decisivas etapas de su carrera política con un cadáver a cuestas. De figura secundaria en una pequeña provincia, alcanza en pocos años la jefatura de un vigoroso partido, dejando en el camino, como piedras miliarenses que marcan cada uno de sus ascensos, los cuerpos exangües de antiguos compañeros, con un puñal al pecho; y ahora ventea con el olfato alerta, elucubrando un plan que no se sabe si le hará romper con Grau o permanecer a su lado, mantener el slogan de anticomunismo o desecharlo, como parecen indicar los mimos que le prodiga el periódico Hoy; pero lo que no admite dudas es que, cualquiera que sea el rumbo que tome, su designio es arrimar la brasa a la gruesa sardina de sus intereses.

Cuando en el Principal de la Comedia, hace pocos días, fué proclamada su candidatura presidencial en medio de entusiasmas aplausos, anunció a trompeta el líder republicano, usando una bella imagen, que el águila que simboliza su aspiración volaría de campanario en campanario, como el águila de Bonaparte al desplegar alas en la isla de Elba, para ir a posarse sobre la cúpula del palacio presidencial. El símil habría sido más exacto, aunque menos hermoso, si el brillante parlamentario hubiera hablado de un buho, agorero, fatal, bramando sobre las azoteas habaneras, ansioso de caer sobre la cúpula palatina, porque no ha sido riñendo batallas a campo descubierto como Austerlitz y Jena, que se ha abierto camino Alonso Pujol, sino manobrando en la penumbra del gabinete con la astucia y la ductilidad de uno de aquellos príncipes del Renacimiento italiano.

Entró en el Senado por el carril del menocalismo, y al poco tiempo volvía la espalda al caudillo conservador para alinearse al lado de Batista, hasta un día que salió precipitadamente hacia los Estados Unidos, dejando tras sí una estela de murmuraciones. En la vecina nación maduró un audaz plan. Sabía que Cuba es país de poca memoria, y se propuso acallar las maliciosas especies que circulaban por las peñas criollas obteniendo de sus compañeros de hemicírculo que, a modo de público desagravio, lo invistieran con la presidencia del Senado, que había renunciado por cable después de su precipitado viaje. Y manejó los hilos con tal habilidad, que, ante el asombro público, los mismos dedos que se dijo estaban dispuestos a apretar el gatillo de amenazantes pistolas contra el camarada que voló al Norte, echaron en la urna las boletas que lo exaltaron nuevamente a la jefatura del poder legislativo.

Vino después la Convención Constituyente. Menocal y Batista se dieron las manos para vencer, unidos, a Grau, y Alonso Pujol volvió a la casa solariega del conservadorismo. El héroe de las Tunas, practicando su política de matar un cordero para festejar al hijo pródigo que regresa, lo acogió con los brazos abiertos, como a cuantos venían del CND para refugiarse junto al caudillo que movía las masas conservadoras. Con el respaldo del menocalismo, el antiguo sargento-taquígrafo logró alojarse en el palacio presidencial, y como premio al partido que había sido decisivo para la victoria, escogió a uno de sus militantes, Carlos Saladrigas, para el primerato.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

8

2

0000149

Saladrigas empezó a maniobrar para ganar el favor de Batista, y Alonso Pujol, ávido de poder, inició un ataque a fondo contra su compañero de hemicycle, entablándose un duelo a muerte entre ambos. En tres asaltos, el senador matancero aniquiló a su rival. En el primero lanzó contra él, aliándose a la Oposición, la catapulta de una agobiante interpelación que hizo saltar del gabinete al gélido político habanero. En el segundo, le escindió el partido, llevándose al hijo del caudillo, con la alcaldía habanera, al vicepresidente de la República y un buen número de con-

gresistas. Tiró entonces una pasarela a Grau, y se lanzó al tercer asalto, tras el cual, Carlos Saladrigas, candidato oficial, con el respaldo de una poderosa coalición, quedó convertido en el jefe en precario de un partido cuyas filas se clareaban por el éxodo de sus antiguos amigos hacia la proficua zona del gubernamentalismo.

Alonso Pujol se había anotado un resonante triunfo. De no haber estado mordido por el áspid de un obsesionante amor a la trama, se hubiera sentado con sus amigos a disfrutar de la victoria. Pero el astuto matancero no se sentía ya satisfecho en su papel de eminencia gris. Quería ascender al primer plano. Y empezó a mover los hilos de una nueva maniobra, en la que envolvió a sus dos aliados de la víspera. Cuervo Rubio, al que, con refinamiento florentino, tiró el puente de plata de una honrosa retirada, y Raúl Menocal, que se estrelló en su empeño de lograr el respaldo del partido para que se le postulara nuevamente por la Alianza.

Dueño de la situación, Alonso Pujol arroja el hábito gris y se cñe el manto imperial. Olvidándose de los camaradas que quedaban en el camino, pone en marcha una nueva trama. Echa la red en las revueltas aguas de la CSD y se atrae a San-

tiago Rey, Rodríguez Cartas, Lorie Bertot y otros amigos de Batista y Saladrigas, quienes se encontraron en la cómoda casona republicana con José Ambrosio Casabuena, que se había adelantado a todos, seducido por el tufo del caldo gubernamental. ¿Qué pretendía Alonso Pujol? Como siempre, ocultó sus cartas; pero la jugada estaba a la vista. El autenticismo se resquebrajaba. La Ortodoxia parecía dispuesta a poner tienda aparte... Pues bien, él fortalecería su partido, haría que su colaboración fuera imprescindible, y entonces podría imponer condiciones.

Todo salió como lo previó. Los ortodoxos abandonaron el PRC. El republicanismo pasó a ser, de huésped a veces molesto, un factor decisivo. Y justamente cuando esa coyuntura se produjo, Alonso Pujol, sin retraso ni prisa, emplazó las baterías hacia el palacio presidencial, levantando el banderín de su candidatura, cuyo flamear anuncia al Presidente que, o acepta un pacto ventajoso para el republicanismo o se repetirá la jugada que dió al traste con Saladrigas y la CSD en 1944. Y para hacer más ostensible su actitud, guiña un ojo a los socialistas populares en el mismo momento en que la Comisión Obrera del Autenticismo trata de ganar la hegemonía sindical a los camaradas de Blas Roca y Marinello.

M. Jul 31/44